

11 Junio, 1997

## *De cuerpo entero : plenitud del goce y del dolor.*

por Carlos Cerda

*"Inevitablemente las palabras irán abriendo cajoneras antiguas de donde saldrán olores y sabores, texturas, sonidos, calles, caras, ciertas maneras de vivir, de sentir, de ser, tan diferentes a su vida actual. Fantasmas. Se sumergirá de cuerpo entero en la evocación del pasado, su mano derecha dedicada a la difícil misión de seleccionar, escoger, poner en orden lineal, y dibujar pequeños signos que luego leerá y re-leerá hasta que el cuerpo le doldrá de tanta nostalgia."*

Cito la página 114 del libro de Carmen Rodríguez, *De cuerpo entero*, y la cita es certera y elocuente, pues como en un juego de espejos, es el propio texto de Carmen Rodríguez el que habla y describe con propiedad el arte de esta autora que nos ha regalado uno de los libros más bellos y conmovedores que he leído en el último tiempo. Efectivamente: en los trece relatos reunidos en este volumen de Editorial los Andes, las palabras (pero no cualquiera palabra, sino las precisas, las empleadas con rigor y al mismo tiempo con sensibilidad) van recuperando la memoria afectiva que permite abrir con mano trémula esas cajoneras que guardan (o esconden, y no aparecerían entonces sino al conjuro de esas sabias palabras) los olores y sabores, las calles y las caras y esas maneras de vivir, de sentir y de ser que ya no somos.

*De Cuerpo entero* tiene entonces este mérito inaugural, esta delicada y al mismo tiempo valerosa recuperación de unos recuerdos, pero también de unos sentidos, en la doble acepción de la palabra. Esos *sentidos* que nos conectan con lo tangible y también ese *sentido* que damos y que damos a las cosas. Por eso la extrema sensualidad de la prosa de Carmen Rodríguez, con los sentidos abiertos a todo lo ancho pero mirando también muy hondo hacia atrás en el tiempo, va hilando cada cuento con la variada y exuberante presencia de lo tangible, de lo que aviva el ojo y la oreja, de lo que da cuerpo al cuerpo del hombre. Citemos aquí a nuestro gran Gonzalo Rojas, que tanto ~~sabía~~<sup>e</sup> de estas cosas. Miren como habla él de la sensualidad gozosa y dramática con que habitamos y deshabitamos el mundo:

*Acostumbra el hombre hablar con su cuerpo, ojear  
su ojo, orejear diamantino  
su oreja, naricear  
cartílago adentro el plazo de su  
aire, y así ojeando orejeando la  
no persona que anda en el crecimiento  
de sus días últimos, acostumbra  
callar.*

Es esta sensualidad la que nos seduce en los cuentos de Carmen Rodríguez. Es la entera disposición del cuerpo a ser todo lo que es, sin restricciones. De ahí este título feliz que promete la plenitud del goce, pero que nos impone además unos dolores y

unas nostalgias que la autora ha sido capaz de vivir también de cuerpo entero.

Esta amalgama del goce y del dolor recrea las lúbricas presencias de lo vital y de lo bello para hacerlas coexistir con nostalgias lacerantes, con agujeros negros, con sorprendivos abandonos, con distancias que no se recuperan porque cada día tienen más que ver con el tiempo ya perdido que con los espacios superables. Este adentrarse simultáneamente en ámbitos distintos, esta búsqueda de los sentidos y también del sentido, esta cohabitación de la sensualidad y de la nada, de la exuberancia y de la muerte, del goce y del vacío, es a mi juicio el secreto de la profundidad y belleza de estos cuentos de Carmen Rodríguez que entran a ocupar un lugar muy destacado en la narrativa que se está escribiendo hoy en nuestro país.

Aunque, claro, su caso es otra excepción. Porque ella nos cuenta su exilio, el exilio de todos, desde un norte muy lejano. Ella se fue hace años a Canadá y allá escribió estos cuentos que no son sólo cuentos de exilio. Y ella aún vive en Canada. Hoy seguramente nos hablará de su vida y de unas lejanías que ha decidido prolongar. Lo que yo quiero defender aquí es la idea de que estos cuentos, cuya constante temática es el exilio, con el dolor y la sensación de pérdida que lo acompañan, y que transcurren, además, casi sin excepción en Vancouver, no son sólo cuentos de exilio. Son literariamente notables y humanamente conmovedores porque no se limitan a registrar una temática, porque desbordan complejidad, confesiones necesarias y a veces incluso inconfesables (cómo no recordar a Hemingway en este punto y su consejo

enorme : "Escribe lo que realmente sientes, no lo que te enseñaron a sentir") percepción de situaciones límites que inevitablemente nos superan, pero también un oído atento al rumor más tenue de la vida, eso que se construye sin nosotros porque, como dice Cortázar en una cita que Carmen utiliza de epígrafe "*la vida se vive a sí misma, lo queramos o no. La esperanza le pertenece a la vida. Es la vida que se defiende.*" Por todo esto es que el exilio es una dimensión temática que no agota para nada la múltiple, variada, compleja y probablemente inagotable riqueza de estos cuentos.

Aquí recuperan una suerte de vida propia las calles y los mercados, los rostros y las voces, el aire de Vancouver y el viento fuerte de Valparaíso, alimentándose todo desde una memoria más sensual que nostálgica, en la que hay más herida que mera evocación, y donde se adivina una mayor cercanía a la sangre que a la tinta, como quería García Lorca.

Aquí hay también una búsqueda hacia el interior del ser humano. Carmen no se contenta con referir el hecho típico, la chanza común del ghetto, los avatares corrientes del exilio. Ella quiere tocar la llaga, pero la llaga de verdad, no el tópico. Y cuando pone su mano sabia en el corazón de la herida, uno siente algo semejante a la sanación, al alivio, al respiro que produce la cercanía de verdad y piedad, de dolor y compasión.

Y como es mujer y escritora de talento, logra ahondar en la memoria colectiva, emocional o histórica, de la mujer chilena. Esa mujer asediada por los terrores y las miserias de nuestra historia reciente, pero también prisionera de límites más antiguos,

de segregaciones ancestrales, de iniquidades que han durado demasiado tiempo. Carmen Rodríguez se adentra entonces en nuestro modo chileno de vivir o malvivir la sexualidad, observamos como se aborta el placer posible tras una mampara, pero también somos testigos de un aborto real, nada metafórico, esa otra miseria que resulta de tanta represión. Descubrimos la finura y la sinceridad con que hace suyo un tema recurrente en nuestra literatura de hoy: la difícil relación madre- hija, y también ese dolor incomparable, ese extraño nacer hacia algo otro, esa soledad tan particular que causa la muerte de la madre.

Permítanme leer dos párrafos de uno de los cuentos más notables de este libro, *Los laberintos del amor*. En él la protagonista se confronta con la muerte de su madre.

"Mi madre muere un viernes al mediodía. Yo soy la única que está sentada al lado de su cama, leyendo *The Kitchen God's Wife* de Amy Tan, mientras le sostengo la mano izquierda. La noche anterior me di cuenta que tenía las palmas de las manos casi negras, como si se las hubiera golpeado. Se las miré porque ella las tenía levantadas frente a sus ojos y las movía con gracia, como si hubiera estado bailando flamenco. Se las miraba porque sus manos habían sido las primeras en comenzar a morir. ¿De qué vale vivir si se te mueren las manos?

Todo el mundo anda por ahí, en el comedor, en la cocina, en las piezas de atrás, en el patio, jugando con el perro. Tony mete la cabeza por la puerta del cuarto y dice en inglés: "Terminé. La casa se ve linda", y se va al baño a lavarse. Yo levanto los ojos del

libro y miro a mi madre, cuyo pecho se agranda con cada esfuerzo por hacer llegar más aire a sus pulmones. Le aprieto la mano y le digo: "Mamita, la casa se ve linda". Ella abre los ojos y me mira. Los ojos le han cambiado de color, o quizás es que la muerte también ya le llegó a los ojos. Su pecho se desinfla. Sí, se desinfla. Mi madre deja de respirar".

Amalgama de lo más íntimo con el registro aparentemente frío de hechos externos; amalgama de lo que está a punto de desbordarse, con lo sometido a la máxima contención. De nuevo un juego que reúne momentos aparentemente contradictorios en una comunión que potencia la belleza y la profundidad, que auna las virtudes de la percepción con las perplejidades del pensamiento. De nuevo la sensualidad y el sentido. De nuevo la irrefutable presencia de la vida, pero siempre junto, hecha una, reunida, con la también irrefutable presencia de la nada. Creo que en esto radica el arte mayor de una cuentista notable.

Gracias Carmen por este libro hermoso, profundo y necesario.